

memoria

H-1

Al capturar una imagen, no veía lo que estaba frente a mí, sino lo que latía dentro, lo que luchaba por liberarse, por desbordarse y transformarse.

La realidad no se muestra tal cual es; está hecha de lo que se oculta, de lo que se resiste a desaparecer. No somos sombra, sino el reflejo que de ella queda, la huella que persiste en su ausencia..

junto al río

Los ríos siempre han sido más que simples escenarios; son testigos silentes de la vida, lugares donde el bullicio del mundo parece desvanecerse al condensarse, precipitando ligeras introspecciones. En sus márgenes, el murmullo del agua y el susurro del viento conectan lo íntimo.

De vuelta en la ciudad, entre el ruido y el ritmo frenético, la fría enseñanza del río refresca el caos, el ruido se transformando en un tenue murmullo que habla del fluir y adaptar.

La cámara, al atravesar ese espacio, captura fragmentos y, entre cada uno de ellos, el vacío: insignificante y, sin embargo, real. Esto es lo que provoca que la proyección se materialice abrupta.

la fuente

10 de octubre de 2022 Braga:

Encontros da Imagem ofrecen un espacio para el encuentro con algo más profundo. Entre las exposiciones, las imágenes de María do Mar Rêgo trazan líneas invisibles entre los ríos y las tierras que moldean. Su claridad no llegó en las salas, sino después, en el aire quieto de los jardines.

Allí, entre el agua y el verde una fuente y una hojassumergida. Su tallo rosado destacaba, como un hilo que conecta lo que vemos con lo que sentimos. Era el color que por su cercanía, casi como piel humana hacía que partiese algo más. Allí, en su fragilidad, supe que en ese rosa se contenía una expresión, permanencia.

Esa sensación impregnaba otras imágenes como el agudo instante que evoca una fragancia.

Buscaba esa rosacea sensación y la encontré días después cuando conocí a una persona que había sido operada del corazón. En su pecho se marcaba una cicatriz, limpia y directa, como el tallo de aquella hoja, hablaba de lo vivido sin necesidad de palabra. Lo fotografié, buscando aquello que la luz toca y transforma. Su hombro y rostro se fundían en una pose acomodada, como aquella herida.

Reduje esta fotografía a una escala de grises para demostrarme que ese rosa seguía impregnando la imagen. Incluso en esa asuteridad del blanco y negro el rosa se negaba a desaparecer.

En un acto poético, uní esa imagen de con otra tomada en los jardines: una hoja sumergida en una fuente. La hoja, en su vértebra rosácea, evocaba la misma herida sanada, casi como una suerte de écfrasis. Escribí entonces:

hay un movimiento de expansión y contracción inherente a la vida,
como una suerte de sístole y diástole que marca el ritmo de las realidades vitales.
como el fluir de un río estamos inmersos en un devenir de cicatrices
que forman parte de el recorrido vital.
heridas de color rojo que palidecen tras abrazarse.



nada

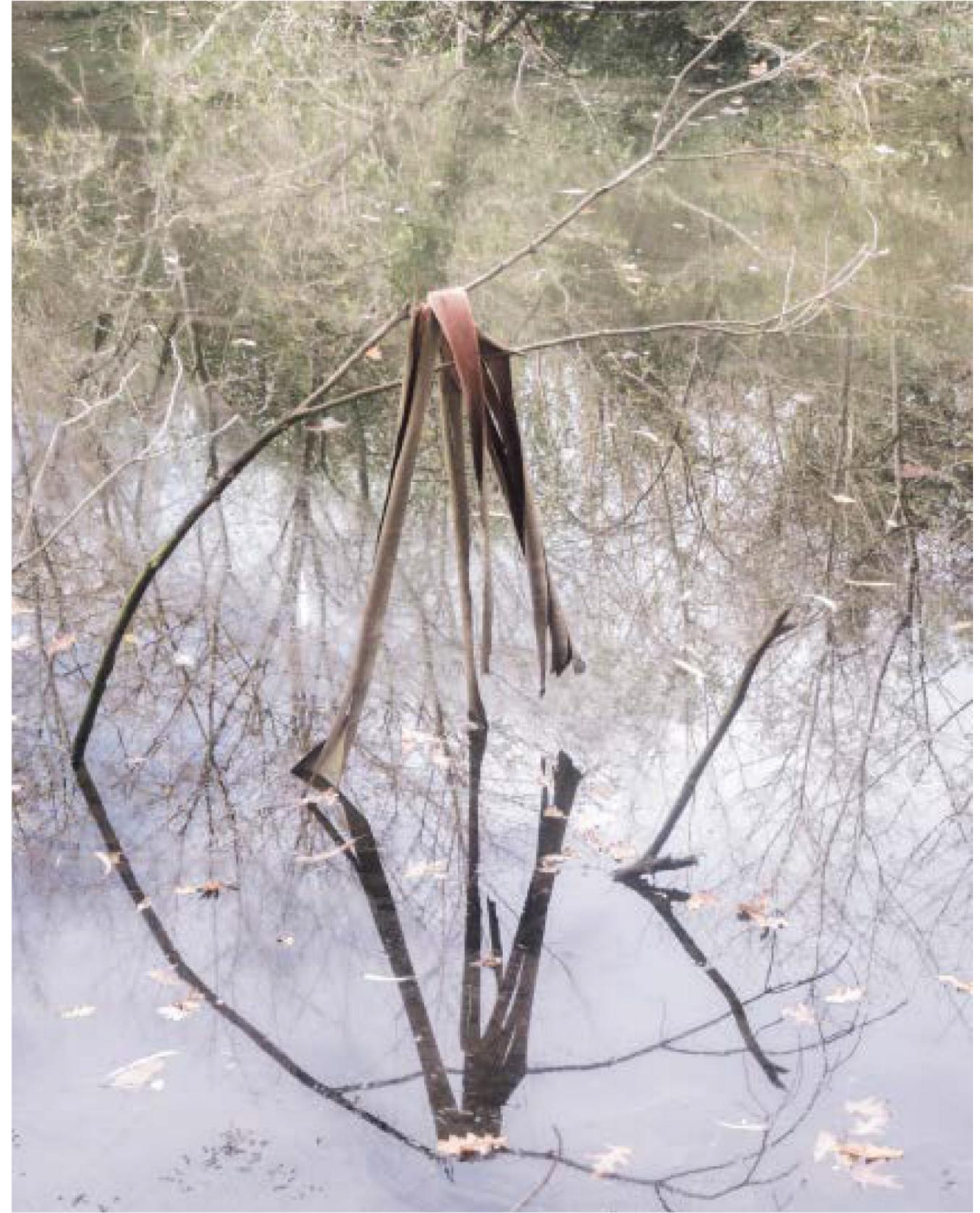
Una habitación desnuda, y en una esquina, una figura humana abrazando sus piernas. La luz, tenue, llegaba desde la derecha y se posaba sobre su espalda con delicadeza, como si buscara iluminar una verdad oculta. Su postura no parecía fortuita; había en ella una tensión, una fuerza invisible que la mantenía recogida, casi confinada en ese abrazo propio. La imagen transmitía una tristeza palpable, una melancolía que la luz solo parecía acentuar.

Días después, mientras caminaba junto a un río, me detuve al notar unas ramas que, en su inclinación, evocaban la forma de aquel cuerpo. Como en un reflejo distante, las corrientes parecían recordar el mismo instante. El eco de su postura me alcanzó con claridad: no era solo una figura, sino un símbolo, una conexión que trascendía el tiempo y el lugar. Las ramas y el cuerpo, la luz y el agua, todo convergía en un relato silencioso de entrega y tristeza.

En la quietud de la imagen, el vacío no solo es ausencia; es la quietud misma de la depresión, esa sensación inmóvil que ahoga cualquier impulso, que congela el tiempo en un estado de

espera interminable. Es en ese espacio suspendido donde la tristeza se siente más profunda, donde el alma parece atrapada en un momento que nunca se resuelve, ni avanza, ni retrocede. Es el peso del silencio que intensifica la emoción, y la ausencia que, a pesar de su fragilidad, se hace irremediamente presente.

Las aguas en calma me transmitían en aquel momento una quietud profunda, un estado de melancolía. Sin embargo, la luz del mediodía, al incidir sobre esos fragmentos, me ofrece esperanza. Fue entonces cuando recordé el rosa de aquella cicatriz, ese sentimiento que me había llevado de vuelta a un abrazo. Al retocar estas imágenes, decidí matizarlas con magenta, como un acto de liberación.



NICK KNIGHT
ROSES FROM MY GARDEN



18 / 10 / 2024 - 26 / 01 / 2025

Fundación Barrié

rosa

La imagen no se limita a registrar lo que está ahí, sino que propone una ventana a lo inalcanzable, a lo que se desliza en la fragilidad de la luz y la materia, como si ambas formas –la fotografía y la pintura– intentaran contener algo que, en realidad, se resiste a ser poseído.

Este pensamiento me visitó mientras recorría la exposición de Nick Knight en la Fundación Barrié, acompañado de un amigo que, iniciándose en la fotografía, se encontraba atrapado en cuestiones técnicas sobre megapíxeles y resolución. Ver aquella serie de cincuenta fotografías de rosas, tomadas con un simple teléfono, fue revelador. Las imágenes, en su gran formato, evocaban lienzos flamencos: rosas que, al descomponerse, se revelaban majestuosas en su decadencia, recordándonos que el tiempo no destruye, sino que transforma.

A medida que uno se aproxima, la claridad se desvanece y surge una textura pictórica, donde cada rosa se presenta no solo como una imagen, sino como materia tangible, como un reflejo de lo que en nuestra existencia también se desgasta y muta. La textura del papel, la casi imperceptible pincelada que Knight superpone sobre sus fotografías, insinúa una intención de ir más allá de lo visible, una necesidad de acariciar lo inmaterial. En este punto, el detalle se convierte en un susurro, declara clara que, más que describir, busca transmitir el sentir.

¿Qué nos dicen estas imágenes cuando la nitidez se diluye? ¿Qué queda cuando el detalle se desvanece y lo efímero toma forma? Es aquí donde aparece el verdadero sentido, un espacio que no solo muestra, sino que invita a la reflexión sobre la esencia de lo frágil, sobre la fuerza que emerge de la fragilidad misma. Quería trasladar esta experiencia al fotolibro, en el mostrar los resquicios dejados por momentos de ruptura y regeneración, en las rosas de Knight hallo una afirmación de la belleza que reside en la cicatriz, en lo que se quiebra y reconfigura. (1)

La obra de Knight, como una herida expuesta, se convierte en un espejo de la memoria que llevo en mis fotografías. Aquí la cicatriz no es una simple marca, sino un proceso en sí, una invitación a valorar el trayecto que la forjó. Las rosas de Knight no buscan la perfección, sino expresar el paso del tiempo, la entrega a la transformación y el diálogo. De esta manera, la imagen se convierte en un poema de materia y tiempo, una danza entre la luz y el deterioro.

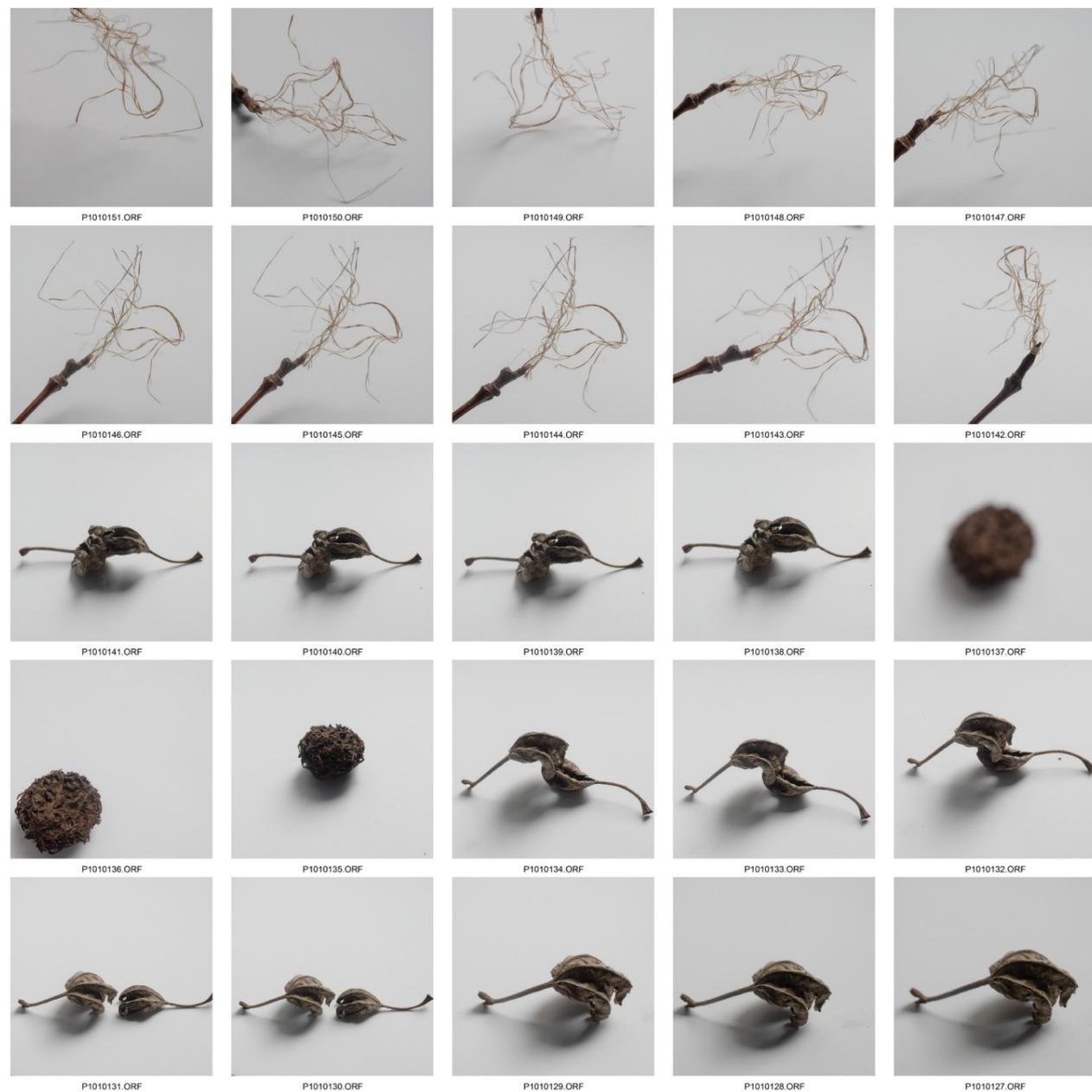
Vínculo

Las plantas, en su fragilidad y transformación, me acercan a la idea de la muerte. Su proceso de descomposición no solo simboliza la finitud, sino que me invita a tenerla más presente, a reflexionar sobre su inevitabilidad. Me siento particularmente atraído por los tonos ocres que emergen en su degradación. Estos tonos, resultado de infinitos movimientos y palpitations de vida que se entremezclan, se convierten en un color marrón que evoca seguridad, un anclaje en medio del ciclo interminable de transformación.

Recuerdo un fragmento del Libro blanco de Keya Hara: “La viveza de los colores de la naturaleza es tan bulliciosa como la paleta de los impresionistas, pero cuando estos colores se mezclan entre sí, inmediatamente se vuelven del color gris del caos. En otoño, las hojas verdes se tiñen de escarlata y oro antes de marchitarse, y como la metáfora bíblica, ‘en polvo se convertirán’. No obstante, el caos no significa muerte; colmado de deslumbrante energía de color, alumbra de nuevo fragantes colores.”

Este pensamiento me guía en el acto de dar luz a elementos en descomposición. A través del trabajo, estos fragmentos de naturaleza degradada, que parecen perderse en el olvido, adquieren un nuevo significado y voz. El marrón, en su sobriedad, simboliza también una seguridad esencial, una base sobre la cual la vida transcurre hacia el cambio.

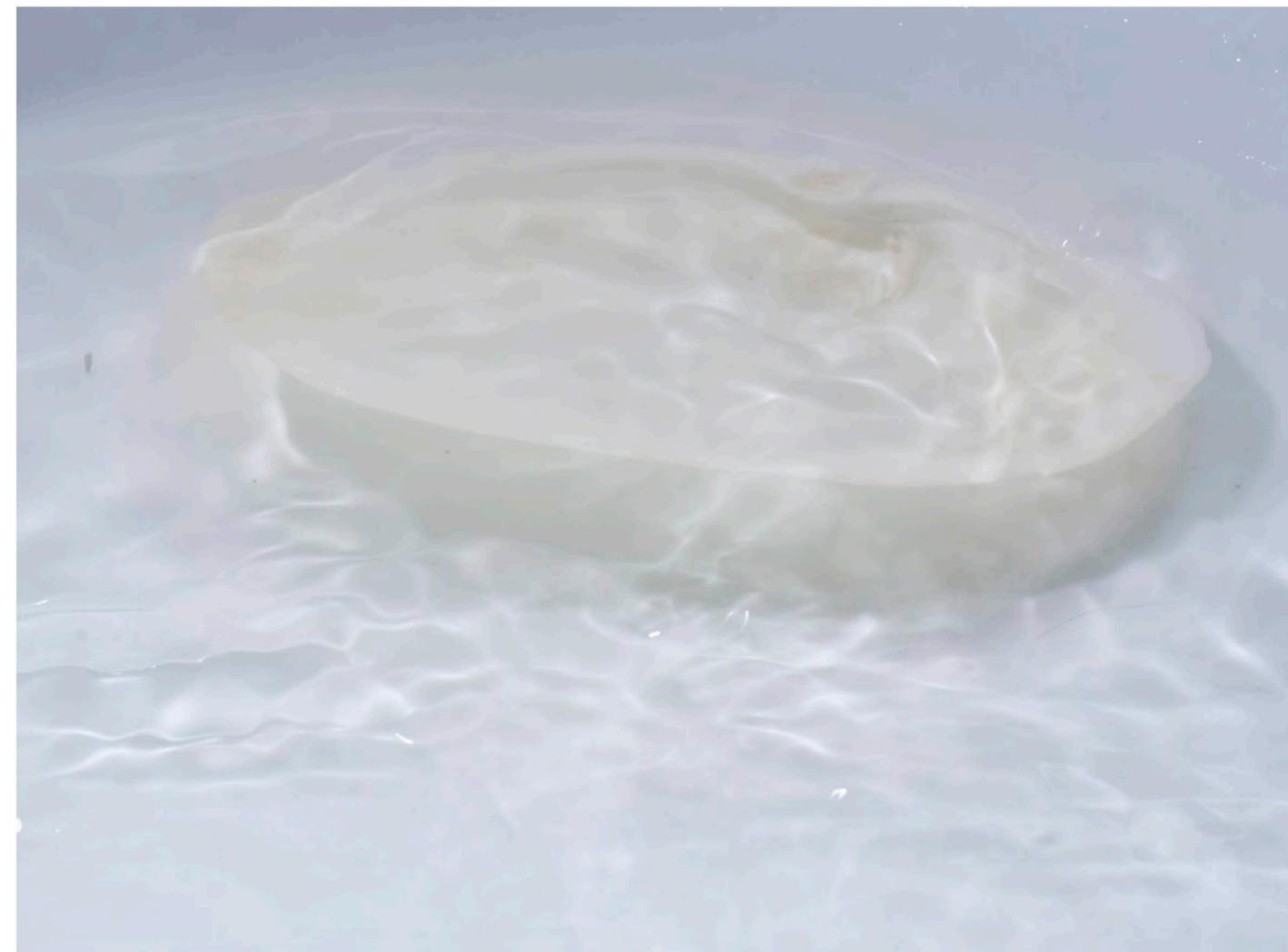
Este vínculo, para mí, es un reflejo de la entropía: el inevitable movimiento hacia el desorden que, paradójicamente, genera conexiones y nuevas formas de interpretar la vida y la muerte. En la transformación de las plantas, el caos no implica el fin, sino una fuente de renovada energía y belleza. Al trabajar con estos elementos, no solo resalto su fragilidad, sino también la capacidad de la naturaleza para trascender y reconfigurarse, iluminando lo que permanece oculto en su aparente decadencia.



Cogí esos elementos y los fui fotografiando. A través de la serie que se conforma, intenté darles ánimo, dotándolos de un significado más allá de su mera existencia física.

En una de las piezas de la serie, las hojas caídas de un mismo árbol se presentan como si fueran dos manos que se tocan por última vez. Un adiós o un hasta pronto. Unas raíces parecen caminar, por una superficie que finalmente rechazan y, entre medias de estos dos elementos, un cúmulo de materia orgánica que ha sido pulida, una hoja que ha perdido totalmente su forma. Origen.

(Este gesto de desprendimiento, que puede entenderse como un momento radical o como un proceso lento y reflexivo, atraviesa las páginas del fotolibro. Es un vacío que no es solo ausencia, sino una presencia que reclama ser reconocida.)



mar:

La relación entre la flexibilidad y la rigidez, la capacidad de mimesis de la materia y el contraste entre lo frágil del cuerpo y la solidez de la piedra, conforman los elementos centrales de este proyecto, incorporado en el foto-libro. Partiendo de estos elementos, se han capturado momentos en donde la fluidez del movimiento humano se encuentra con la inmutable solidez de la piedra, creando un diálogo visual que desafía la percepción tradicional de los límites físicos. Se ha explorado la capacidad del cuerpo para adaptarse a su entorno, fusionándose con él de manera orgánica y armoniosa. El mar, la piedra, el cuerpo humano. Estos elementos encuentran en la concha su fusión simbólica: su origen, su solidez y su forma corpórea. La combinación de estos tres elementos crea un paisaje emocional donde la líquida inmensidad del mar se encuentra con la solidez inmutable de la piedra, y el cuerpo humano se convierte en el puente entre ambos, manifestando su propia flexibilidad y resistencia adaptativa frente a la rigidez y la liquidez de su entorno.





Después de escribir esta reflexión, decidí incluir algunos referentes que ayudaron a esculpir mejor la idea. Entre ellos, Edward Weston y Georgia O'Keeffe.

El primero, Weston, me inspiró por su capacidad de capturar un ideal de belleza que Susan Sontag describió como "tan blando como la perfección". Sus paisajes naturales y su técnica depurada revelan formas y texturas desde una perspectiva nueva y casi escultórica.

Por otro lado, la obra de O'Keeffe me atrajo especialmente por sus cuadros donde los huesos, como una pelvis, se transforman radicalmente mediante la manipulación de la perspectiva y la escala. Recuerdo un cuadro en el que el hueso y el paisaje se funden, con su característico erotismo sugerente. También me influyó su uso de una paleta cercana a los tonos pastel, que me llevó a bajar el contraste de estas imágenes, buscando mostrar más la disolución de los cuerpos con el medio.

Este proyecto, en una propuesta de exposición, se plantea como un conjunto de imágenes que forman una composición única, acompañadas del poema Materia de Miguel Ángel Valente. Este poema explora la dualidad entre lo efímero y lo eterno, entre la fluidez del tiempo y la solidez del ser. Sus versos transmiten tanto la fugacidad como la estabilidad imperturbable, buscando capturar la tensión y la armonía que convergen y contrastan entre lo humano y lo natural.

Procedimiento

Captura de Imágenes en Color

Las imágenes en color fueron tomadas utilizando una cámara digital Olympus OM-D E-M1 II. Algunas de estas imágenes han sido desaturadas y convertidas a escala de grises. Posteriormente, se aplicó una separación de frecuencias para tratar la textura y el color de forma independiente, tras lo cual se acoplaron y los colores resultantes se tradujeron a espacio CMYK para la impresión.

Captura de Imágenes en Blanco y Negro (Analógicas)

Las imágenes en blanco y negro, que muestran cuerpos humanos, fueron capturadas con la cámara analógica Olympus OM-10 utilizando un carrete ILFORD FP5. El proceso de revelado de este carrete se realizó con los siguientes materiales y parámetros:

Materiales:

- Revelador: ILFORD Ilfisol 3 (dilución 1+9).
- Baño de paro: ILFORD Ilfostop.
- Fijador: ILFORD Rapid Fixer.

Tiempos:

- Tiempo de revelado: 5 minutos a 20°C.
- Baño de paro: 30 segundos a 20°C.
- Fijado: 5 minutos a 20°C.
- Lavado final: 10 minutos en agua corriente.

Edición de Imágenes Digitales

Muchas de las imágenes digitales fueron procesadas en Camera Raw para optimizar su estética y transmitir una intención específica. El flujo de trabajo incluyó:

Balance de blancos

Se ajustó tomando como referencia zonas de grises neutros, como cortezas, troncos de árboles y la superficie de la piel humana.

Se realizó una leve desaturación, reduciendo los valores entre 5 y 10 puntos.

Paralelamente, se incrementó la intensidad del color entre 2 y 4 puntos.

Interpretación cromática:

Los tonos verdes se transformaron hacia matices magentas para transmitir una sensación emocional y evocadora. Este ajuste busca reflejar la conexión emocional vivida durante la captura.

-El enfoque del color en este proyecto busca que los tonos y texturas sean más que un reflejo del entorno.

-La predominancia del magenta en las imágenes pretende transmitir un optimismo sutil.

- Se incrementa la nablina y se reduce el contraste con el fin trasnmitir calma y suavidad.

- Se emplea el color con conceptos más abstractos, como la muerte y el amor.

Cada página del fotolibro no solo imprime una marca visual, sino que emana una huella emocional, que transforma la obra en algo mucho más que un simple objeto estático: se convierte en un espacio donde el tiempo, lejos de transcurrir linealmente, se pliega sobre sí mismo en un juego de pasajes y memorias entrelazadas. En cada rincón de sus páginas habita una desnudez que revela una honesta vulnerabilidad, la misma que se encuentra en lugares donde parece que la vida ha sido suspendida, donde el silencio pesa tanto que se vuelve palpable, pero precisamente en ese silencio se insinúa algo más, un susurro cálido de lo humano, un resplandor sutil que resiste la quietud. Las imágenes que componen este trabajo no surgen de una intención consciente ni de una necesidad de narrar algo explícito, sino que emergen como respuestas íntimas, profundamente arraigadas en lo visceral, como trazos de un recuerdo no verbalizado pero siempre presente, que late con fuerza en la memoria; no es una construcción forzada, sino una manifestación pura de lo vivido. En el contacto de los pliegos de papel, en la textura que se siente al pasar cada página, hay algo de esos pequeños gestos que contienen todo un mundo, un universo completo encarnado en lo aparentemente simple.

En esta obra, el río se alza como símbolo de una constante transformación, como un testimonio de la fluidez de la existencia que, aunque inmutable en su curso, revela que incluso la inmovilidad aparente está cargada de movimiento. El río se convierte en la metáfora perfecta de la permanencia que reside dentro de lo efímero, un susurro que atraviesa el tiempo con la promesa de que siempre habrá continuidad, que siempre habrá algo que persista más allá de las orillas del instante. En este flujo, encontramos una lección: lo efímero no se desvanece, sino que persiste, transformado en una huella que se despliega en su eterno recorrer.

Las imágenes que se intercalan entre este cauce de significados oscilan entre lo crudo y lo transformado: unas exponen lo tangible y lo inmediato, la presencia cruda de lo que ha sido, lo marcado por el paso del tiempo; otras se bañan en una luz que disuelve lo ordinario y lo convierte en algo etéreo, casi irreal. No se trata de una dicotomía entre lo crudo y lo sublime, sino de un diálogo entre ellos, un flujo que va y viene, que oscila entre el peso de la vulnerabilidad y la ligereza de lo eterno, entre la fragilidad de lo efímero y la solidez que siempre se oculta detrás del instante. Cada toma parece tomada desde un espacio profundo e íntimo, donde las emociones se encuentran, se entrelazan, se fusionan con lo que la cámara captura. No son simplemente fotografías; son testimonios vivos, respuestas de un alma que intenta dar forma a lo que la memoria muchas veces no puede retener, encapsulando la experiencia y la fragilidad de los momentos que, por su naturaleza fugaz, parecen desvanecerse tan rápidamente como se viven.

El fotolibro, como la obra que representa, cierra un ciclo sin la pretensión de ser un final definitivo. Su estructura, como la del río, no es cerrada ni concluyente, sino que sugiere una continuidad que va más allá de sus límites físicos. Los espacios en blanco, que interrumpen las imágenes, no son vacíos; son pausas cargadas de significado, momentos de respiración que permiten al espectador respirar y detenerse antes de seguir adelante, como si cada pausa fuera una extensión del diálogo, un susurro que se alarga. Este proyecto no habla de lo vivido de manera directa ni explícita, pero lo contiene con fuerza en cada imagen, en cada pliegue de la textura, en cada respiración que se expande entre una página y otra. Se percibe el eco de una experiencia transformadora, una que da forma y color a la fragilidad, un sentido al devenir. Cada página lleva consigo la promesa de que incluso en los espacios más vacíos, en los momentos más quietos, la vida sigue latiendo, y esa vibración, por más imperceptible que sea, sigue fluyendo. Y cuando las páginas finalmente se desgasten, cuando los hilos se aflojen y la obra se transforme, el fotolibro continuará siendo un río, un flujo que no solo recoge lo que ha sido, sino que abraza lo que aún está por llegar.

La elección del papel William Turner, de alto gramaje y porosidad, imprime muy bien esta experiencia pictórica. Rugoso y corpóreo, dota a las imágenes de una fisicidad que va más allá de lo visual. Su grosor, lo que podría parecer un error por la dificultad para desplegarse, hace que cada paso de página se haga más presente. Inevitablemente, los hilos se destensarán y el libro acabará cediendo.

Concluir

Hace unos años, fui arrojado a un lugar que no parecía pertenecer del todo al mundo, un espacio blanco, desnudo, donde el tiempo se alargaba como una sombra al atardecer. Estuve allí tres semanas, pero podría haber sido un año o un día; todo era igual, detenido. Al principio, sentí que no había más vida que la mía, y esa vida era frágil, como una hoja seca que cruje bajo los pies. Pero luego, entre aquellas paredes frías, comenzó a encenderse algo: el calor humano de otros que, como yo, buscaban un rincón donde sostenerse. Fue ahí donde aprendí a acompañarme. Por las noches, abrazaba mis manos entre las piernas, y ese gesto, tan pequeño, tan humilde, me daba una paz que nunca antes había sentido. Comencé a escuchar a los demás, a pedirles que me hablaran, que me contaran sus historias. Mientras lo hacían, sacaba mi cajita de crayones y buscaba en el color lo que sus palabras no decían. Un naranja para la rabia contenida, un azul suave para la melancolía que no se atrevía a ser tristeza, un rojo que latía como un corazón en llamas. Era mi forma de pintar su dolor y el mío, de encontrar sentido en esos días que temblaban con el pulso débil de mis manos. Al salir, el mundo me pareció inmenso y distante, como un horizonte que no se deja alcanzar. Durante meses, no podía ver a nadie, sólo a mis padres, que me rodearon con un amor que no tiene palabras. Ellos me llevaron a los ríos cercanos, y ahí, en el sonido del agua, encontré mi refugio. Llevaba mi cámara, y cada disparo era un suspiro, una pequeña victoria contra el vacío.

Los ríos me enseñaron que todo fluye, que incluso el silencio se mueve si uno escucha con atención. Ahora, las imágenes que tomé en ese tiempo son como cartas que me escribí a mí mismo. Los espacios en blanco, pesados al principio, son ese hospital: el frío, la espera, la inmovilidad. Pero dentro de ese vacío había vida, como la semilla que duerme bajo la tierra. Al mirar esas fotografías, siento que ese tiempo no fue pérdida, sino transformación. Como el río, aprendí a seguir, a no quedarme quieto. Y aunque mi alma tiemble como mi pulso, sé que aún puedo pintar con los colores del mundo.

